

INTERVENCION DEL SR. ANDRES PARDO TOVAR (COLOMBIA)
EN LA CUARTA SESION PLENARIA DEL CONGRESO DE LA CO
MUNIDAD CULTURAL LATINOAMERICANA (2 FEBRERO 1966).

Señor Presidente, señores Delegados al Congreso de la Comunidad Cultural Latinoamericana:

Sea lo primero, agradecer a la Comisión de Cultura de la Presidencia de la República de Chile la oportunidad generosa que se nos ha brindado para participar en este diálogo. Lo segundo, manifestar que he renunciado a presentar en toda su extensión la ponencia que había preparado, por considerarla demasiado ambiciosa y en parte extemporánea, toda vez que en gran parte se refería a la problemática de la cultura latinoamericana.

Presentaré, de consignación, un resumen de ese trabajo.

El tema de la cultura latinoamericana, y los problemas que surgen desde que se intenta al respecto una definición o se ensaya una simple aproximación es muy vasto, realmente. Y se viene formulando de muchos lustros a esta parte, pero quizás nunca con la lucidez con que lo examinó - en su esencia conceptual - el pensador y ensayista uruguayo Alberto Zum Felde.

En presencia de este tema - el que aquí nos ha congregado - surge de inmediato toda una serie de interrogantes.

Sería el primero: -Si es que no hemos llegado al grado de integración social que presupone una verdadera cultura, en qué forma comenzar a construirla?

Y sería el 2° : -Para alcanzar esta meta, cuáles podrían ser los procedimientos más aconsejables, teniendo en cuenta que hemos entrado en una época tecnológica a tiempo que

nuestras estructuras sociales - son arcaicas, incipiente e inarticulado nuestro desarrollo económico, y que nuestras instituciones jurídicas y políticas no responden ya ni a nuestros problemas, ni a nuestros deseos, - ni mucho menos a las nuevas valoraciones de nuestro tiempo?

Podría afirmarse, de otra parte, que tenemos una cultura, porque así lo demuestra toda una serie de hechos históricos, sociológicos, políticos y artísticos, y porque los hechos no se discuten. Pero es el caso que, de aceptar esta tesis afirmativa, tornan a surgir numerosas preguntas, de muy difícil respuesta, si es que en nuestro examen nos guía un criterio liberado de prejuicios y una actitud mental crítica y analítica a un mismo tiempo. No abusaré de la bondad de ustedes enumerando esta larga serie de preguntas. Anotaré solamente tres de ellas:

Primera - De existir una cultura que podamos calificar ecuménicamente de hispanoamericana, cuál sería su signo: el de lo autóctono y auténtico; el de una simple transculturación, o el de un vasto mestizaje?

Segunda - En la tipificación de esta hipotética cultura de ámbito latinoamericano, qué operancia tendríamos que conceder - con vista al presente y a la realidad mundial que estamos viviendo - a las grandes culturas aborígenes precolombinas, a las realizaciones de la etapa colonial y a los aportes del siglo XIX?

Tercera - Hasta dónde nos permiten las circunstancias históricas y los hechos etnogeográficos hablar, en términos generalizantes, de una cultura hispanoamericana?

Formuladas estas preguntas -a las que podrían agregarse muchas otras, y muy trascendentales- surgiría otro

interrogante: -Es y ha sido la nuestra una cultura de elites, o una cultura de masas? Obvia sería la respuesta en un área continental donde la mayoría de las naciones que la integran confrontan abrumadores problemas que dicen orden a la total ignorancia de las grandes masas populares o, en otros términos, al analfabetismo. Y es aquí donde habría que formular un nuevo y angustiado interrogante: -Cómo comenzar a superar esta cultura de elites, propia de círculos privilegiados, y en ocasiones muy alejados de la entraña viva del pueblo, y a convertirla en algo más vital, más generoso y más humano?

LAS FRUSTRACIONES DE LATINOAMERICA.

Acabo de enunciar una mínima parte de la problemática de la cultura latinoamericana, y muchos de ustedes han aportado respuestas felices a los interrogantes aquí formulados. Pero lo grave de este grande y trascendental problema es que cultura es tradición, acumulación de experiencias, pero en continuo proceso de evolución y de rectificaciones. Y que todavía más que nuestra historia política, nuestra historia cultural registra innumerables resoluciones de continuidad, que entrañan otras tantas frustraciones colectivas.

Quizás podría decirse que hemos cambiado sin evolucionar, entre otras muchas razones porque -ideológicamente- hemos vivido una vida prestada y, que ya no es tiempo de tratar de construir algo que nos sea profundamente propio porque nos envolvió la historia planetaria antes de que llegáramos a madurar por nuestra propia cuenta, es decir, a virtud de una evolución progresiva surgida de nuestra propia entraña vital, de nuestra propia personalidad emocional e intelectual. Nuestros problemas, agudizados cada vez más, nos confunden y conturban y una serie de factores extraños a nuestra propia voluntad nos amenaza.-

Pero es aquí donde surge la toma de conciencia de esta misma problemática, lo que constituye un principio de solución. Y esta toma de conciencia promueve movimientos de total acercamiento, como éste que estamos viviendo.

Integrarnos culturalmente puede ser un ideal utópico e inclusive una meta poco ambicionable, pero no lo es en ningún caso el comenzar a complementarnos, ya que al lado de profundas y explicables analogías, nos separan diferencias fundamentales que no es del caso enunciar aquí. Pero este camino de la complementación presupone el estudio conjunto de nuestra problemática, y después de esta ponderosa y muy compleja tarea, la de buscar soluciones comunes a problemas comunes.

HACIA UNA SOLUCION.

He querido decir con lo anterior, que el solo hecho de sentirnos partes integrantes y solidarias de la zona americana de lo que ha dado en llamarse Tercer Mundo es ya un comienzo de solución a los problemas para cuya solución trabajan ya instituciones, hombres y gobiernos como el del nobilísimo país de cuya hospitalidad disfrutamos.

Pero a más de las frustraciones a que me he referido, tendremos que superar, erradicar o modificar obstáculos que -a la altura de ciertos países hispanoamericanos- parecen insalvables. Así la crisis total de la ética colectiva e individual, la total insensibilidad social de ciertas clases dirigentes, la regresión de partidos de avanzada -o que antaño lo fueron-, la carencia de planes económicos integrados a largo plazo y a escala nacional o regional, la monstruosa desigualdad en los ingresos per cápita, la inadecuada repartición de la tierra laborable, las políticas fiscales que se adelantan sin tener en cuenta la realidad económica de las naciones, y otros muchos obstáculos que todos conocemos y que hay momentos que nos parece imposible remover.

Los emancipadores de nuestras nacionalidades -y muy especialmente Miranda y Bolívar- presintieron ya, como varios de los señores delegados lo han expresado ya, que sin la federación de nuestras nacionalidades se frustraría nuestro destino histórico. Fué la intuición premonitoria de algo que esos precursores no podían abarcar en su complejidad actual, pero que adivinaban ya, planteándolo en el terreno de la política internacional.

Un escritor colombiano a quien admiro profundamente, don Fernando González, describió alguna vez un sistema para medir la capacidad latinoamericanista de nuestros prohombres y de nuestros pensadores e inventó el término concienciómetro para designar a este instrumento de evaluación. Y aplicándolo a esas figuras del pasado, pudo clasificarlos en latinoamericanos con simple conciencia local o regionalista, latinoamericanos con conciencia nacional, latinoamericanos con conciencia supranacional, latinoamericanos con conciencia mundial y -finalmente- latinoamericanos poseedores de una conciencia cósmica. Bien pocos estos últimos, desde luego.

Parece que ha llegado la hora de los hombres con conciencia continental latinoamericana. Entre los cuales no sólo figuran intelectuales y artistas, sino políticos de clara visión integradora e inclusive estadistas ilustres. La hora es propicia, por consiguiente, para que lo que he llamado toma de conciencia de nuestra realidad colectiva nos mueva a colaborar en un vasto esfuerzo, si no propiamente de integración cultural, sí -por lo menos- de complementación mental, de coordinación socio-económica y de realidades institucionales que superen la estrecha órbita de nuestros respectivos nacionalismos, tan agresivos en ocasiones, fuerza es confesarlo.

Ahora bien! si integrarnos o complementarnos es ante todo conocernos y realizar en este sentido tareas comunes, planeadas y permanentes, todo lo que signifique intercambios culturales será medio esencial para los fines que se persiguen. Así, entre otros muchos, la difusión internacional latinoamericana de nuestra producción literaria, en ediciones accesibles a la mayoría de los lectores; la difusión de nuestra música culta; el intercambio de estudiantes y de profesores, especialmente en los niveles universitarios; la creación de estímulos internacionales para artistas, escritores e investigadores; los estudios de folklore comparado, en cuanto permiten comprender las profundas raíces anímicas de nuestros pueblos; la formación de fondos nacionales para las artes, tales como el que existe en la Argentina y del que fuimos informados por nuestro ilustre y dinámico colega Augusto Raúl Cortázar; la organización de institutos culturales de signo

latinoamericano, por el estilo de los que tratan de vincular a nuestros pueblos con la cultura y con la realidad francesa, norteamericana y alemana; la asignación a los agregados culturales de tareas concretas, útiles y fecundas.... y otros - muchos medios efectivos, seguros y viables, que pueden y deben ser coordinados y adelantados dentro de un vasto plan de realizaciones paulatinas y, estas sí, integradas.

Al respecto, encuentro en el diario El Mercurio, de Santiago, una información según la cual hoy a las seis de la tarde se reunirán.....

Todo lo anterior, señoras y señores, son signos promisorios, en vía de inmediata realización, y tienden a - conseguir una mayor compenetración de nuestros países por - los caminos de la homologación de la enseñanza y de la difusión cultural.

UNA SUGERENCIA FINAL.

Es cosa cierta que muchos de nuestros países carecen de estabilidad política y por ende de estabilidad gubernamental, De donde yo propongo a este Congreso, con todo acatamiento, que la acción que el Gobierno de Chile adelantará oficialmente ante otros estados por intermedio de la - Comisión de Cultura de la Presidencia, se complemente con - una muy factible alianza de instituciones no gubernamentales quiero decir, autónomas, para el logro de los fines que per - sigue este Congreso. Estimo que si los acuerdos finales del Congreso, a más de ser presentados oficialmente por el Go - bierno de Chile a las demás naciones de Latinoamérica, son acogidos y patrocinados en nuestros distintos países por - las instituciones particulares a que me he referido, esos - acuerdos y recomendaciones tendrán mayores probabilidades - de convertirse en realidades fecundas.

Muchos de los aquí presentes, representamos instituciones y organismos particulares que tienen una grande operancia y prestigio en nuestras patrias latinoamericanas. Federando los esfuerzos multiplicados de estos organismos y fundaciones, de índole cultural, investigativa y docente en su mayor parte, es bien posible que consigamos cristalizar algunas o muchas de las iniciativas que para la integración o complementación cultural latinoamericana sean acogidos - aquí. Quienes ya muy pronto regresaremos a nuestros países

de origen, llevando el recuerdo imperecedero de la hospitalidad chilena, no seríamos ya entonces simples ex-delegados de este Congreso, sino voceros del mismo ante las entidades a que estamos vinculados para el logro de sus resoluciones y recomendaciones. Esta es la modesta iniciativa que me permito someter a ustedes, y solo me resta agradecer su generosa atención. - Muchas gracias.